

Arlt: sacar las palabras de todos los ángulos

I. La figura del escritor

La producción de Roberto Arlt puede leerse desde este enunciado¹ porque su escritura usa todas las lenguas y los tonos para armar, en la superposición de fragmentos, una identidad cultural que es también lingüística.

La conciencia de la palabra define la identidad del escritor. Los textos arltianos están atravesados por una subjetividad narradora que aglutina y da coherencia a otras formas de identidad. Las condiciones de posibilidad de la ficción —el narrador, la experiencia y la mentira— se representan una y otra vez con la prepotencia del deseo.

Arlt pone en escena la idea de que en el origen de la narración se encuentra la experiencia. Los viajes proveen imágenes dignas de ser relatadas: no importa que se trate de una travesía a tierras remotas o hacia algún rincón familiar urbano. Todos los viajes se convierten en aventuras fascinantes para un *flâneur* y los narradores arltianos pertenecen a esa raza especial de los perseguidores del detalle en medio de la multitud.

«Cuando se sale de viaje, bien se puede contar algo, dice un dicho popular y piensa en el narrador como alguien que viene de lejos. Pero también se presta oídos a quien, comiendo bien se mantiene en el país y conoce sus historias y sus tradiciones»². Dos libros de Arlt testimonian sendos tipos de experiencias, la sedentaria y la nómada; dos tipos de discurso, la crónica de lo cotidiano y el cuento popular, y una misma visión deslumbrada: las *Aguafuertes porteñas* y *El criador de gorilas* exhiben narradores que gozan de las sorpresas y buscan la revelación, subjetividades abiertas a la plenitud de la experiencia que se convierte en materia prima.

¹ Arlt, Roberto. «El idioma de los argentinos» en *Aguafuertes porteñas*. Buenos Aires, Losada, 1976, págs. 141-144.

² Benjamin, W. «El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nicolai Leskov» en *Sobre el programa de la filosofía futura*. Barcelona, Planeta-Agostini, *Obras Maestras del Pensamiento Contemporáneo*, n.º 58, 1986, pág. 190.

Benjamin dice que el *flâneur* siempre sigue una huella que desemboca en un crimen³; la superposición de las figuras del *flâneur* y del detective construyen al narrador arltiano pero no lo agotan; se suman a éstas la del filólogo —complemento del *flâneur*— y la del delincuente —complemento del detective—.

Lo exótico y lo cotidiano. Si la representación de la vida diaria exige el ejercicio de numerosas etimologías porque la identidad encarna en el cuerpo de la lengua, cuando irrumpe lo diferente, lo raro y lejano, la lengua se neutraliza, se deshace de todo elemento local y, al limpiarse de voces porteñas, se vuelve sobre la anécdota.

A esta constelación cabría agregar la figura del comentarista que articula *Los siete locos* con *Los lanzallamas*. Erdosain, que cuenta su vida y la historia de la sociedad secreta al comentarista, muestra el proceso de escritura: alguien confiesa sus experiencias a otro que las oye y las reescribe transformándolas.

II. La identidad porteña

Especie de fisiología sobre el filo de la década del 30, las *Aguafuertes* descifran la identidad porteña mediante la focalización no sólo de ciertos personajes sino también de la lengua que hablan y que los describe. Se trata de una identidad que se aprieta en una jerga, armada a partir de un único elemento, una palabra lunfarda —el furbo, el esquenún, el esgunfiado— que funciona a la manera de aleph.

El narrador combina formas de recorridos: deambula indistintamente por las calles porteñas y por los sentidos del lenguaje. Topografías y etimologías sirven para trazar los mapas que circunscriben territorios sociales y lingüísticos. Si toda identidad se define por fronteras, por los límites que señalan los espacios otros y de los otros, la literatura intenta dibujar fronteras geográficas y corporales, de inscribir la topografía de la individualidad en una topografía comunitaria.

La pregunta por la identidad deriva en una pregunta por la distribución, la pertenencia y el derecho a ejercer el poder sobre determinados espacios. En Arlt este espacio es, a la vez, geográfico y lingüístico. Una lengua y un lugar. La constitución de una identidad necesita de un territorio que opera como el lugar de inscripción de los sentidos de esa identidad. En cualquier caso, se trata de una territorialización simbólica que guarda relaciones ambiguas y complejas con la coyuntura histórica.

En épocas de crisis, las preguntas por la identidad ocupan el centro de la vida cotidiana y de los debates intelectuales ¿Quiénes somos? ¿Cómo

³ Benjamin, W. «El *flâneur*» en *Poesía y capitalismo. Iluminaciones 2. Madrid, Taurus, 1980.*

incorporamos lo nuevo? Desde las primeras décadas del siglo, Buenos Aires cambia a un ritmo alucinante; las transformaciones abarcan la ciudad, la sociedad, la política, la cultura y la vida cotidiana.

En 1920, Arlt y Borges concuerdan en la vehemencia de atrapar la voz de un lugar; ambos escriben *El idioma de los argentinos*⁴ pero se distancian en el momento en que Arlt hace del lunfardo la lengua nacional reivindicando así la germanía despreciada por Borges. El idioma que identifica a una nación no se halla en las calles nostálgicas de un pasado irremediablemente ido sino en la violencia de un *cross* a la mandíbula: «Cuando un malandrín que le va a dar una puñalada en el pecho a un consocio le dice: “Te voy a dar un puntazo en la persiana”, es mucho más elocuente que si dijera: “Voy a ubicar mi daga en su esternón”. Cuando un maleante exclama, al ver entrar a una pandilla de pesquisas: “¡Los relojié de abanico!”, es mucho más gráfico que si dijera: “Al socaire examiné a los corchetes”»⁵.

Las diferencias son notables y, también, algunas coincidencias. Para Borges la identidad lingüística reside en un tono peculiar; lo particular tiene que ver con la entonación, con la voz y con las emociones y el sistema de valores que entraña el gusto por la oralidad. Una lengua se define como nacional de acuerdo con las categorías de uso y de pueblo. El que escucha ese uso especial presente allí la patria. La lengua crea un espacio de unión; cuando los sujetos emplean esos tonos y esos matices de la voz adquieren una nacionalidad. La noción de pueblo está en el centro de la caracterización de un idioma común; esta noción incluye a algunos —cuarteadores, obreros y carniceros— y excluye a muchos otros, por ejemplo a los ladrones que hablan en lunfardo. Una genealogía criolla de voces, una tradición literaria y la marcada ausencia de extranjeros han acuñado la lengua amada por el Borges populista de la década de 1920.

Libre del peso de las tradiciones, el texto arltiano enfatiza la eficacia: desaparecen el culto exacerbado al coraje y la supremacía de la ley gaucha. Al tipo de vinculación igualitaria de los protagonistas criollos preferidos por Borges lo sustituye una relación de desigualdad encarnada en el victimario y la víctima o los representantes de la ley y los marginales. Puesto que no tiene un pasado prestigioso, Arlt puede renegar de él y abogar por la modernidad. Y si los antecesores no nos legaron una lengua, hay que buscar alguna otra fuente de legitimación. Y si aquí no importa la procedencia, de nuevo, como en Borges, el uso que hacen las mayorías institucionaliza una lengua. Frente a la posición purista de su contrincante, el aguafuerte, de modo provocativo, concibe el idioma como un organismo vivo: «Los pueblos bestias se perpetúan en su idioma, como que, no teniendo ideas nuevas que expresar, no necesitan palabras nuevas o giros extraños;

⁴ Cfr. Borges, Jorge Luis. *El idioma de los argentinos*. Bs.As., Gleizer, 1928.

⁵ Arlt, Roberto. «*El idioma de los argentinos*», pág. 143.

⁶ Idem, pág. 142. *La increpación a Monner Sans tiene la fuerza de una pregunta retórica: «¿Quiere usted dejarse de macanear?»* (pág. 141). *La palabra repetida varias veces en el texto podría haber provocado un gesto de horror en el ensayista Borges quien desecha su empleo por ser una «palabra limítrofe, que sirve para desentenderse de lo que no se entiende y de lo que no se quiere entender. ¡Muerita seas, macana, palabra de nuestra sueñera y de nuestro caos!»*. Borges, op. cit., p. 181.

⁷ *La defensa de una lengua nacional es una problemática de las élites intelectuales que tiene larga data en Argentina. Se inicia con la generación de 1837, continúa en la década de 1880 —año en que se consolida el Estado nacional— cuando se enfrentan las posiciones de Rafael Obligado —defensor de las manifestaciones locales— con las de Calixto Oyuela —partidario de una línea castiza—. La disputa tiene otro punto de emergencia en los textos criollistas de Ernesto Quesada aparecidos en la revista Estudios (1902), que abogando por la unidad de la lengua española, se oponen a cualquier dialecto que implique fragmentación. En la época del Centenario se crean las instituciones básicas para la legitimación: 1910, Academia Argentina de la Lengua; 1913, la cátedra de Literatura Argentina, en la Facultad de Filosofía y Letras.*

⁸ Gellner, E. *Nations and Nationalism*. Oxford, Basil Blackwell, 1983.

⁹ Bourdieu define este tipo

pero en cambio, los pueblos que, como el nuestro, están en una continua evolución, sacan las palabras de todos los ángulos»⁶.

El idioma de los argentinos. Los textos de Borges y de Arlt se enfrentan en una disputa que gira en torno al derecho de una lengua a ampliar sus dominios, a dejar los estrechos márgenes de la ciudad y extenderse por la magia de la sinécdoque hasta ocupar los anchos límites de la nación.

Se sabe: toda comunidad necesita de ciertos núcleos de adhesión, de ciertos elementos que desempeñen la función de cohesión social. La lengua es un poderoso factor de unión y por ello objeto de disputas⁷. Desde la perspectiva de la antropología social, Gellner afirma que en una sociedad moderna, sólo las culturas son depositarias de legitimidad política⁸. De otro modo, cuando se dan las condiciones para que surjan culturas altas, estandarizadas, homogéneas y apoyadas por el centro, estas culturas sancionadas por la educación que se expanden a las mayorías son reconocidas como centros de unificación. Pero no bien los individuos toman conciencia de su cultura, perciben otras como amenazantes: ha alumbrado el nacionalismo.

En este contexto, la literatura juega un papel importante en la construcción de los imaginarios que organizan la vida colectiva al tejer tramas de sentidos. Dentro del campo intelectual, las batallas por el poder simbólico se dirimen en luchas de representaciones del mundo social que —aunque pretendan servir los intereses mayoritarios— aspiran a imponer una visión sobre otras⁹.

Quizás el éxito de las *Aguafuertes porteñas* resida en la articulación de ciertos imaginarios que componen una identidad multifacética, milhojas que haciendo pie en la vida cotidiana, superponen con lucidez irónica lo individual a lo general y lo íntimo a lo social. Desde este espacio simbólico, Arlt lanza el desafío a la academia y a sus reglas de bien decir. Respaldado por el consenso de los lectores que lo atiborran de cartas, Arlt habla del idioma, se entromete en el terreno de la institución y discute los criterios que delinean la identidad lingüística. Las *Aguafuertes* no pretenden atrapar esencias sino apropiarse de algunos modos prestigiosos de construir identidades —como son los estereotipos lingüísticos y sociales— y los transformar mediante un uso irreverente que se inicia con el hecho mismo de emplazar el debate en las columnas del diario *El Mundo* y de elegir los interlocutores entre el público extraído de los sectores medios urbanos.

La identidad deriva de una cadena de desvíos: ante todo, el espacio de la discusión se desplaza de los recintos exclusivos de las élites hacia el popular de la redacción de un periódico; esquivando las jerarquías, el periodista-escritor da a sus enunciados una dirección horizontal; los personajes que encarnan los parámetros de la nacionalidad distan mucho de los héroes

de los libros escolares; un tono burlón despeja la ampulosidad del tema y lo convierte en algo cotidiano: en el mismo nivel se habla del idioma nacional, de los trabajos y las ocupaciones de los porteños, de las costumbres barriales o del aspecto arquitectónico de algún lugar de Buenos Aires. Arlt realiza una operación desacralizadora que consiste en la centralización de los márgenes, en convertir lo que es socialmente fronterizo en elemento simbólico fundamental.

Si las instituciones se encargan de reticular el espacio entero en regiones y encierran a los grupos en cada fragmento, cuestionar esa primera división supone una política de la lengua que rechaza el orden instaurado y lo reemplaza por otro; la escritura concreta está propuesta en tanto reformula la identidad lingüística y cultural sobre la base de lo excluido por la cultura oficial. En otras palabras, entre guiños humorísticos y sonrisas que a veces estallan en carcajadas, los textos corroen el poder representativo —en la doble acepción del término— de las instituciones.

Una colocación descentrada en la que el sujeto-escritor encuentra un espacio cómodo, implica también la capacidad de concentrar sentimientos y experiencias comunes; esos individuos logran «que seres, hombres y mujeres, que viven bajo distintos climas, se comprendan en la distancia porque en el escritor se reconocen iguales (...) un escritor que sea así, no tiene nada que ver con la literatura. Está fuera de la literatura. Pero, en cambio, está con los hombres»¹⁰. El escritor, agente de cultura, puede constituirse en punto de convergencia de vínculos intersubjetivos. Fieles a las leyes genéricas, las *Aguafuertes* son el revés de la trama de *Los lanzallamas*; mientras la novela prefiere la ficción a la realidad y Barsut se convierte en actor de Hollywood, los textos periodísticos optan por la vida contra el arte.

III. Novela y utopía

Arlt abomina de las instituciones, podría decirse que éste es el motor de su escritura. Si las *Aguafuertes* diseñan la identidad lingüística poniendo en duda la lengua oficial y atacando a la academia, las novelas se dedican a la demolición de otras instituciones; en el caso de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, el blanco es el Estado.

En el siglo XIX el destino de la novela corre paralelo al desarrollo de las naciones; el género construye mundos que anhelan alguna forma de totalidad mientras critica el orden que reglamenta la vida colectiva. Jean Franco piensa que la idea de nación, el carácter original de América y la inclusión de héroes, son los ejes que guían la concepción de las primeras historias de la literatura latinoamericana¹¹. En la década del 20 y en ple-

de poder como inherente a los sistemas simbólicos que son constructores de mundos, de realidades que tienden a establecer un orden gnoseológico. Cfr. Bourdieu, P. O poder simbólico. Lisboa, Difel y Río de Janeiro, Editora Bertrand Brasil, 1989.

¹⁰ Arlt, Roberto. «Sobre la simpatía humana» en *Aguafuertes porteñas*, pág. 162.

¹¹ Franco, Jean. «Apuntes sobre la crítica feminista y la literatura hispanoamericana» en *Hispanamérica*, a 15, n.º 45, 1986.

no auge modernizador la ficción arltiana invierte estos ejes; la nación como núcleo que articula las esferas otorgando sentidos es puesta en tela de juicio a través de la construcción de una utopía que representa un Estado-fuerza. Contra la idea de original, inicio o causa primera, estos textos reivindican la mentira y la ficción cinematográfica mientras los héroes, los colosales padres de la patria, desaparecen bajo el peso mortal de la vulgaridad de la oficina o del taller y las batallas adquieren la dimensión de peleas callejeras.

Arlt escribe *Los siete locos* en vísperas del que sería el primero de una serie de golpes militares en Argentina, el del general Uriburu en 1930¹². Se ha dicho que la novela preanuncia el levantamiento; si en el espacio simbólico de la literatura se anticipan hechos o realidades, la literatura coincide con la utopía en tanto representa y soluciona determinados conflictos sociales o políticos.

La utopía como imaginario social elabora una alteridad, implica la producción de un sueño colectivo que explicita el instante en que la sociedad se autoinstituye, al tiempo que señala la posición del creador de esa utopía en la medida en que afirma el derecho irrenunciable a la imaginación y al cuestionamiento.

La narrativa arltiana diseña un estado utópico, mezcla de modernidad y arcaísmo, donde priman la represión y las jerarquías: estratificación rígida, poder y ciencia para una élite, mentiras para el resto, explotación y obediencia ciega. El modelo nace de un complot, de una sociedad conspirativa cuyos miembros se hallan unidos mediante un pacto que rige entre los iguales pero no hacia afuera. Más allá de la pequeña organización comienza el reino de un poder coercitivo que disciplina a los débiles.

Una construcción utópica arma un modelo de sociedad racional, cerrado y estático; cuando el orden existente no da respuestas a las inquietudes de una época, aparecen estos modos de concreción de las esperanzas comunitarias. Vinculada de manera estrecha con la coyuntura en la que nace, la interpretación de la utopía requiere el examen del aquí y el ahora en tanto configura la inversión de un sistema político, social, cultural o económico.

Lo relevante es que la utopía del Astrólogo entabla relaciones de contigüidad con el orden real: el ideal se perfila en una operación que suma fragmentos; se genera juntando y cohesionando los casos excepcionales que ofrece el mundo cotidiano. En Arlt, la alteridad utópica consiste en la institucionalización de lo extraordinario. Por otra parte, las leyes que deberán regir la futura colonia de revolucionarios reproducen las reglas del universo contemporáneo: explotación como en el Chaco; manipulación de símbolos como en el régimen fascista de Mussolini; uso de la violencia según las doctrinas de Lenin; fe en el industrialismo de Ford o de Krupp; manejo

¹² Una nota del comentarista desmiente cualquier influencia de la realidad sobre la ficción: «Esta novela fue escrita en los años 28 y 29 y editada por la editorial Rosso en el mes de octubre de 1929. Sería irrisorio creer que las manifestaciones del Mayor han sido sugeridas por el movimiento revolucionario del 6 de septiembre de 1930. Indudablemente resulta curioso que las declaraciones de los revolucionarios del 6 de septiembre coincidan con tanta exactitud con aquellas que hace el Mayor y cuyo desarrollo confirman numerosos sucesos acaecidos después del 6 de septiembre». Arlt, Roberto. *Los siete locos*. Bs.As., Compañía General Fabril Editora, 1963, pág. 283.

de las creencias; inspiración en acontecimientos del pasado remoto —tal el caso del bandido árabe—, en hechos históricos recientes —la revolución rusa— o en otros sucesos contemporáneos —las aventuras de Al Capone en Estados Unidos—.

En *La sociedad contra el Estado*, Clastres señala que las diferencias entre sociedades civilizadas y salvajes nacen de una ruptura política, es decir, de la aparición del Estado¹³. El surgimiento del orden jurídico-político origina la división de clases y su correlato ineludible, la explotación. El poder con sus atributos de coerción y fuerza es marca de las sociedades con historia; por el contrario, un tipo de poder político no coercitivo maneja las sociedades sin historia. Y si lo político se distingue de lo institucional, la ley primitiva se dirige contra el Estado.

Lejos de proponer la abolición de los métodos represivos, la conspiración de los locos planifica una totalidad que refuerza los modos de clasificación del poder central; la rebelión supone, entonces, agudizar la violencia institucional y crispar el sistema de exclusiones de acuerdo con una dicotomía arrancada del corazón de la cultura liberal argentina. Los textos arltianos declaran la vigencia del célebre binomio civilización-barbarie acuñado por Sarmiento cien años antes. Vestida con el disfraz de categoría cultural, la dicotomía se transformó en un estigma con el que se justificaron todo tipo de exclusiones y de luchas por el poder político. Sarmiento condenaba con el adjetivo bárbaro a un grupo peligroso para sus planes y con este rasgo dejaba al poseedor fuera del país futuro.

Cuando esta literatura esboza proyectos o imágenes de un Estado, los conceptos de civilización y barbarie separan a los iguales de los otros y distribuyen los espacios en que se inscriben las subjetividades. En *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, la oposición articula el modelo de Estado. La civilización es patrimonio de la élite dirigente —y en este sentido continúa la tradición sarmientina— mientras que el resto de la sociedad imaginada porta el sello de la barbarie. Si la barbarie es sinónimo de ignorancia, sumisión, trabajo y creencias, la civilización se define en un codiciado capital que abarca la posesión del saber, del liderazgo, del pensamiento y de la verdad.

Pero el movimiento se complejiza no bien los términos resultan intercambiables y uno se transforma en su opuesto. El espacio utópico, la colonia revolucionaria del Astrólogo o la ciudad de los Reyes que alucina a Erdsain, cruzan y superponen la civilización con la barbarie; la ciudad que ha sido, desde la Amaurota de Moro, el espacio donde se despliega la racionalidad de un proyecto, se convierte en una suerte de ámbito carnavalesco dominado por una lógica doble que combina la inversión con la contradicción: «La ciudad de nosotros, los Reyes, será de mármol blanco y estará a la orilla del mar. Tendrá un diámetro de siete leguas y cúpulas de cobre

¹³ Clastres, P. *La sociedad contra el Estado*. Caracas, Monte Ávila, 1978.

rosa, lagos y bosques. Allí vivirán los santos de oficio, los patriarcas bribones, los magos fraudulentos, las diosas apócrifas. Toda ciencia será magia. Los médicos irán por los caminos disfrazados de ángeles y cuando los hombres se multipliquen demasiado, en castigo de sus crímenes, luminosos dragones voladores derramarán por los aires vibriones de cólera asiático»¹⁴.

Sin embargo, fuera de la jurisdicción del ensueño, la ambigüedad se desvanece¹⁵. El delito instala al responsable en el espacio de la barbarie; los textos preservan la moral y la ley cuando castigan la violencia ejercida sobre el débil: Erdosain se suicida y el Rufián muere baleado a traición. Quedan impunes la Coja y el Astrólogo, Alberto Lezin —nombre de claras resonancias— cuyos crímenes son, en rigor, tan sólo simulacros. Hipólita, el Astrólogo, Barsut: de la catástrofe sobreviven la marginalidad, la idea y la ficción.

IV. La justicia del relato popular

La vinculación entre narración y experiencia aparece nítida en *El criador de gorilas*, cuyos narradores cuentan algunas historias vividas y otras oídas. Bajo la forma del relato popular, con predominio de una acción elemental y final con enseñanza, los textos tienen una estructura común que resulta la expansión del refrán: «El que a hierro mata, a hierro muere». La coherencia entre formas narrativas y legales crea un espacio particular dentro de la producción de Arlt porque, aunque también aquí la transgresión y el crimen organizan el mundo textual, el sistema de penalidades tiene que ver con ese otro orden descripto. Si la traición de Astier, en *El juguete rabioso*, nunca se revela, en el universo del relato popular el delito cometido se paga de manera inexorable. La transgresión atrae el castigo, una especie de ley del Talión que hace retornar el equilibrio temporalmente quebrado por la comisión del acto criminal.

Aunque la ley sea anterior a la existencia del Estado, éste no sobrevive sin algún tipo de sistema jurídico. Hasta en las formas más primitivas de relación, la violación de una norma exige una sanción; ya en la fórmula bíblica «ojo por ojo...» está contenida la posibilidad de reparar un daño sufrido. El reverso de la modernidad presente en las novelas ancla en los cuentos de *El criador de gorilas* que muestran un mundo arcaico gobernado por un orden legal que corresponde a un tipo de poder tradicional. Tomados en conjunto, construyen una sociedad sin separación de esferas, en la que la religión ocupa el centro de la vida pública y donde perduran lazos fuertes entre mandamientos religiosos y leyes estatales.

¹⁴ Arlt, Roberto. Los siete locos, pág. 375.

¹⁵ En su confesión, Erdosain le dice al comentarista: «Usted siente que va cortando una tras otra las amarras que lo ataban a la civilización, que va a entrar en el oscuro mundo de la barbarie, que perderá el timón». Cfr. Los siete locos, pág. 251.

Dentro de ese territorio diferente poblado por diferentes cesa el poder omnímodo del más fuerte, esa especie de maquinaria que iguala por la opresión a sus víctimas en el espacio de la ciudad occidental. Paradójicamente la ley de la selva se invierte en el espacio de la selva real o en el ámbito de la ciudad milenaria. Otro continente, otra justicia. Allí las víctimas se convierten en justicieros y los poderosos que abusan son castigados. Los vengadores provienen del campo de los débiles y los explotados: Rahutia, la bailarina; el hijo de Azerbaijan; el teniente extorsionado.

Esta justicia arcaica que pretende una distribución de penas semejantes a la dimensión de los daños infligidos cae sobre usureros, traidores y asesinos. La muerte del señor a manos de un marginal o un subalterno: Arlt pone esa representación colectiva en un espacio exótico y lejano. En ese lugar triunfa una justicia humana que se diferencia de la simple legalidad jurídica.

Los cuentos presentan dos espacios —la ciudad y la selva— que corresponden a dos culturas y dos pueblos, y que distinguen entre África árabe y África negra. En este punto, retorna la consabida tensión entre naturaleza y cultura. Los relatos de negros («La factoría de Farjalla Bill Alí», «Los hombres fieras» y «Accidentado paseo a Moka») detallan los límites resbaladizos entre los reinos humano y animal, y a menudo narran las metamorfosis de uno en otro. En ese otro universo, la perfidia y la astucia son las marcas culturales por excelencia, mientras el instinto constituye la diferencia que caracteriza al estadio de la naturaleza.

«Cuando la pregunta se practica como medio del poder, corta como una navaja el cuerpo del interrogado»¹⁶. En la trama de relaciones inusitadas que configura su pensamiento, Canetti vincula las primeras preguntas de los niños con los interrogatorios policiales. Ambos indagan por una identidad y por un lugar.

En cierto sentido, toda narración pone en funcionamiento una máquina de interrogar: ¿quién es? ¿dónde está? La ficción comparte con el poder este atributo de la pregunta indiscreta que no cesa en su empeño hasta pergeñar posibles respuestas. La identidad de un lugar pero, al mismo tiempo, lugares donde se inscriban las identidades.

La vigencia de Arlt radica en haber hecho una narrativa con los parámetros de su tiempo porque si, ante los ojos de los modernos la vida se fragmentaba en mil pedazos que difícilmente encajaban unos en otros, su literatura se encarga de inventar una microfísica de las identidades en torno a las múltiples variaciones de un tema excluyente que insiste en la necesidad de que la imaginación tome el poder.

Así, al hermanar ambos términos, al homologar la ficción con el poder, la producción arltiana puede reivindicar para sí la capacidad de generar una memoria colectiva en las escenas actuales de la ciudad, una tradición

¹⁶ Canetti, E. *Masa y poder*. Madrid, Alianza Muchnik, 2, 1983, pág. 280 (2 vol.).

literaria en lejanos y exóticos relatos y una esperanza comunitaria a través del sueño individual de un farsante.

Adriana Rodríguez Persico

